

que su espíritu, más que contristado, sentíase anonadado por el exceso de las desgracias. — ¿Fulano? — preguntaba el sargento. — Hace un minuto le ha acometido el cólera y le han llevado al lazareto, — contestaba el cabo. — ¿Zutano? — El llamado, contestaba: — Presente, — desde las filas; pero con voz tan débil y desmayada, que fácilmente podía comprenderse el efecto que en su ánimo produjera la inesperada noticia. Y seguía un silencio más profundo si cabe que el de costumbre.

En tales noches el oficial acostumbraba pronunciar algunas palabras encaminadas á reanimar los ánimos decaídos. Comenzaba por colocarse al frente de la compañía; recorría rápidamente con la mirada el rostro de los que formaban en primera fila; decía lo que debía decir, terminando casi siempre con las palabras: — ¡Ánimo, muchachos! — á las cuales seguía en las filas un ligero movimiento que significaba: — Gracias. — Una señal al sargento primero, una palabra al de semana, y después, casi sin darse cuenta de ello, y cual si respondiera á un movimiento imperioso del corazón, decía: — Buenas noches, — y se marchaba. Y los soldados le acompañaban con la mirada que valía más, mucho más que un cariñoso adiós. ¡Cuántas veces, retirándose de aquel dormitorio, decía tristemente para sí: — ¡Acaso mañana no vivirán ya todos mis pobres soldados! — Y cuántas veces, los soldados, mirando salir pálido y preocupado al oficial, seguido del asistente que llevaba impresa en su semblante la huella de una dolorosa sospecha, habránse dicho: — ¡Acaso no volveremos á ver á nuestro teniente!

En cuanto había salido el jefe, el cabo cartero distribuía el correo. Una carta de la familia en aquellos días y en aquel sitio valía un mundo. Los afortunados que oían pronunciar su nombre no podían contener un grito de alegría; los otros se impacientaban, pateaban, extendían las manos. — Á mí. — Venga la mía. — A mí no me la ha dado aún. — ¿Y á mí

no me la da? — ¡Silencio y firmes en sus puestos! — gritaba el sargento. É inmediatamente se restablecía el silencio en las filas, y todos permanecían inmóviles como estatuas de mármol, siendo fácil imaginar el supremo esfuerzo que debían hacer para dominar la ansiedad que les dominaba. El sargento les contemplaba durante un rato con fiero aspecto, después les entregaba las cartas, y rompiendo filas la compañía, cada uno se encaminaba á su lecho.

Los que no lograban conciliar el sueño, escuchaban de improviso á las altas horas de la noche turbado el silencio que reinaba en las cuadras por un rumor de pasos lentos y voces sumisas, y levantando la cabeza veían al oficial de guardia y al sargento de semana recorriendo las hileras de camas, deteniéndose delante de las que estaban vacías, preguntando el uno y contestando el otro, permaneciendo ambos un rato, en el instante de salir, junto al dintel de la puerta, como dominados por idéntico pensamiento. — Si algo ocurre, avíseme usted inmediatamente, — decía el oficial en voz baja. — Es de esperar que nada suceda. — Así sea. — Y esta palabra iba siempre acompañada de un suspiro que las más de las veces revelaba un sentimiento diametralmente opuesto, y por desgracia, casi siempre, demasiado fundado.

No había transcurrido una hora, después de esa visita, y los soldados despertaban de repente al rumor de gritos agudos y lamentos plañideros, y veían á sus compañeros saltar apresuradamente de las camas respectivas, y agruparse en derredor de un lecho, y comparecer precipitadamente al oficial de guardia, y luego separarse todos y abrir paso, y presentarse el médico, y los soldados de la guardia, y á cuatro de éstos alejarse llevando en hombros un jergón, y tendido encima un moribundo, y después un apagado rumor, tras de lo cual volvían todos á sus camas, y reinaba de nuevo el silencio más profundo. En cuanto amanecía, despiertos apenas, — Cabo de cuadra, — preguntaban ansiosamente los soldados... — ¿Qué?

—¿Muerto?— el cabo respondía.— ¡Muerto! —Y se quedaban mirándose los unos á los otros.

En muchos cuerpos, y en alguno de ellos no pocas veces, dióse el caso de que se vieran atacados por el cólera, al par un oficial y su asistente, lo cual invariablemente dió lugar á escenas como ésta, que oí referir en repetidas ocasiones. Por la noche, después de la lista, el sargento daba cuenta del triste suceso á la compañía, después de lo cual preguntaba: —¿Quién quiere asistir al oficial?

— ¡Yo! — ¡Yo! — ¡Yo también! — ¡Soy yo quien lo ha dicho primero, y por tanto es inútil que tú lo digas! — ¡Es que puedo decirlo y no hay quien me lo impida! — ¡Pero yo lo he dicho antes! — ¡Sí, pero yo!...

—¿Acabaréis de una vez?— gritaba el sargento.— Callábanse todos.— Lo asistirás tú.— É indicaba al soldado que se había ofrecido el primero. Y éste sonreía de satisfacción, cual si hubiera alcanzado un verdadero triunfo, y los demás se resignaban de mala gana. En cuanto amanecía, el generoso enfermero se hallaba instalado junto al lecho del oficial enfermo, y allí pasaba días y más días, solo, mudo, cuidadoso, y por la noche, sentado en un rincón del aposento, velaba á la luz de una lamparilla. ¡Oh! quién se hubiese hallado presente cuando el enfermo, fuera de peligro y comenzando á convalecer, mirando en derredor, y no reconociendo á su asistente preguntaba: —¿Quién eres?— Y luego, después de haber oído el nombre: —¿Quién te ha mandado venir?— Y el bondadoso soldado contestaba: —Nadie; soy yo que he querido venir...—¿Y por qué?— No, no es posible consignar lo que expresaban entonces los ojos del soldado, ni lo que pasaba en el corazón del oficial, que, conmovido hasta lo más íntimo del corazón, alargaba la descarnada mano para estrechar la de su asistente. En cambio otras veces, volvía al cabo de pocos días al cuartel, y apenas llegado se sentaba en su cama, y con

la aguja comenzaba á hurgar en el oído del fusil, para lo cual debe tenerse baja la cabeza, y pueden tenerse ocultos los ojos.

Los oficiales, por su parte, visitaban diariamente los hospitales, y generalmente iban muchos á la vez á fin de visitarlos á todos, y para que ninguno de los enfermos tuviese razón para desanimarse y entristecerse, viendo que los demás recibían consuelos y él no los tenía. Aquellas visitas se habían convertido en una verdadera necesidad para los pobres enfermos. En cuanto á la hora acostumbrada oían en la escalera el rumor producido por los sables y por las voces de los visitantes, volvían los ojos á la puerta de entrada, y en cuanto aparecían y penetraban en las distintas salas del hospital, todos los semblantes se serenaban, y hasta en los ojos inmóviles de los que más graves estaban, vislumbrábase un leve rayo de consuelo y esperanza. ¡Pobres muchachos! Días había en que el rumor de los sables sólo se dejaba oír una hora más tarde que de costumbre, y en tal caso durante ese tiempo todos se hacían ojos y oídos espionando el rumor más insignificante, el más imperceptible movimiento. Cada minuto que transcurría imaginaban escuchar aquellos pasos y aquellas voces, y se deshacían en cavilaciones respecto de los motivos que podían haber causado el retardo en la visita, de las desgracias que podían haber sobrevenido, y con la ansiedad que de ello resultaba, hacíase más intensa la sensación de la enfermedad.— ¡No vienen, no vienen, y no me verán más, y yo me siento tan grave, que es imposible pueda llegar á mañana, y moriré solo!... ¡Ah ahí están!— Este momento estaba impregnado de una dulzura tan intensa, que es imposible expresarla por medio de la palabra.

Los enfermos de los hospitales militares eran todos soldados, no hay para qué decirlo; pero pueblos hubo, y no pocos por cierto, en que lo fueron también de los hospitales civiles, por lo menos en tanto no se encontró quien quisiera dedicarse á semejante servicio, no obstante la oferta de una

buena retribución, puesto que el temor á la muerte vencía todo deseo de lucro y apagaba todo sentimiento de compasión. Pues bien: los soldados se ofrecían espontáneamente para el desempeño de semejante menester. El oficial de semana preguntaba:—¿Quién quiere ir?—La mitad de la compañía salía un paso al frente, ó levantaba una de sus manos. Cuando la pregunta se dirigía á un batallón entero, formado en la plaza de armas, en presencia de numerosos espectadores, el espectáculo revestía una forma solemne.

Un día, después de terminado el ejercicio, hallábanse formadas en batalla, á la falda del monte Pellegrino, cerca de Palermo, seis ó siete compañías del 53 de línea. El coronel, seguido de un comandante, los dos á caballo, colocáronse delante de la compañía del centro, y el primero hizo ademán de que iba á hablar. Los oficiales mandaron silencio. El coronel dió cuenta en alta voz del estado infelicísimo en que se hallaba la ciudad (en aquellos días el cólera se cebaba cruelmente en los habitantes de la población); de la falta de enfermeros en los hospitales; del deber en que se halla todo buen ciudadano de prestar su cooperación á fin de hacer más llevaderas las públicas desventuras y las calamidades comunes, y alzando más la voz, terminó diciendo:—No os impongo un deber: os exhorto para que hagáis un sacrificio, libres todos de contestar sí, ó no, según os dicte la conciencia. Antes de decidirse, mida cada cual sus propias fuerzas, y piense que el cargo de enfermero, siquiera nobilísimo, trae consigo no pocos peligros, y que para desempeñarlo se requieren mucho valor, mucha abnegación, solicitud grandísima. Los que se sientan con fuerzas para ello y quieran desempeñarlo, que hincen una rodilla.

En un mismo instante toda la línea de batalla se arrodilló, como obedeciendo á una voz de mando, y por encima de las cabezas inclinadas aparecieron firmes y distintos los cuatrocientos fusiles.

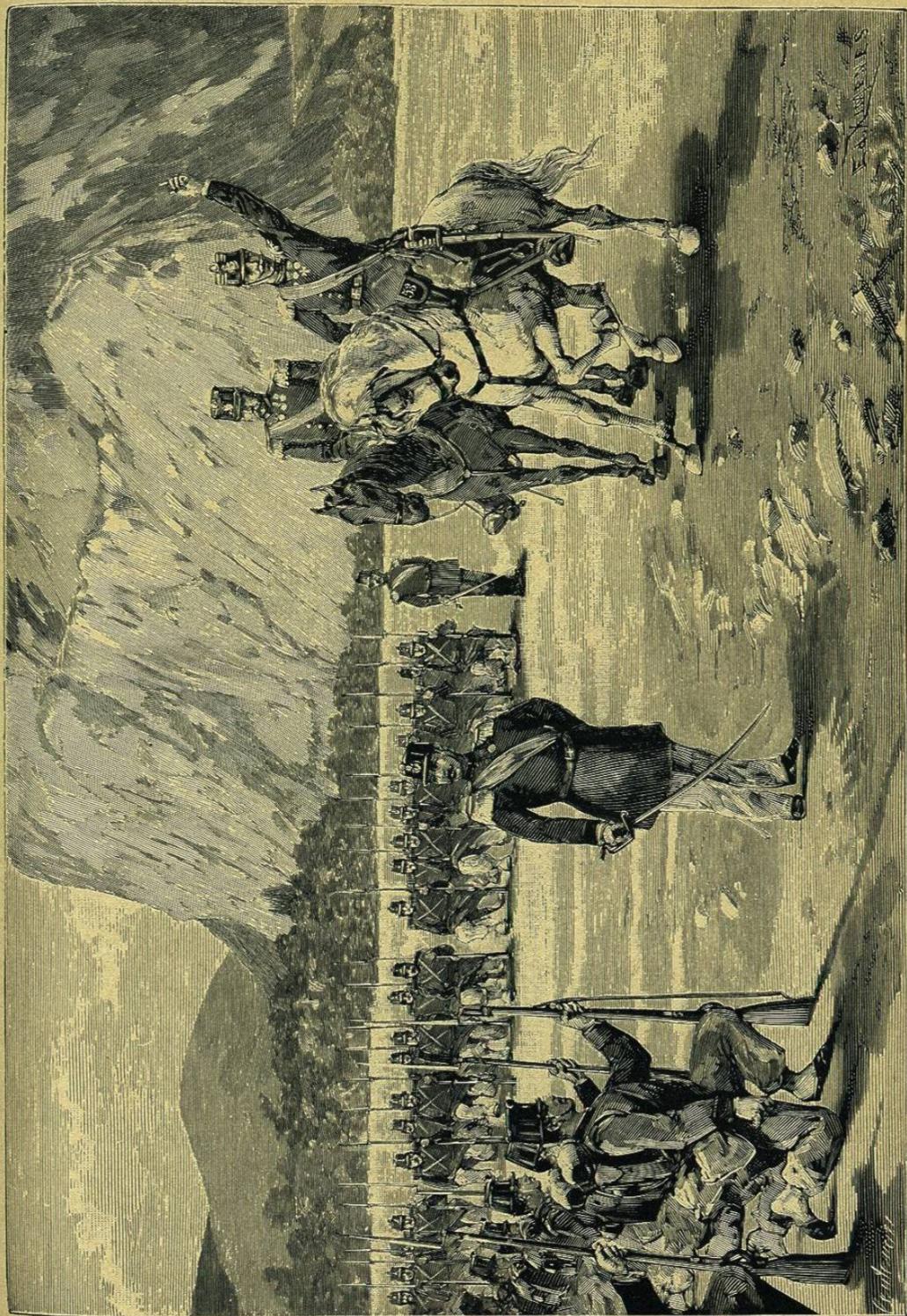


— Los que se sientan con fuerzas para ello, que hincen una rodilla.

buena retribución, puesto que el temor á la muerte vencía todo deseo de lucro y apagaba todo sentimiento de compasión. Pues bien: los soldados se ofrecían espontáneamente para el desempeño de semejante menester. El oficial de semana preguntaba: —¿Quién quiere ir?— La mitad de la compañía salía un paso al frente, ó levantaba una de sus manos. Cuando la pregunta se dirigía á un batallón entero, formado en la plaza de armas, en presencia de numerosos espectadores, el espectáculo revestía una forma solemne.

Un día, después de terminado el ejercicio, hallábanse formadas en batalla, á la falda del monte Pellegrino, cerca de Palermo, seis ó siete compañías del 53 de línea. El coronel, seguido de un comandante, los dos á caballo, colocáronse delante de la compañía del centro, y el primero hizo ademán de que iba á hablar. Los oficiales mandaron silencio. El coronel dió cuenta en alta voz del estado infelicísimo en que se hallaba la ciudad (en aquellos días el cólera se cebaba cruelmente en los habitantes de la población); de la falta de enfermeros en los hospitales; del deber en que se halla todo buen ciudadano de prestar su cooperación á fin de hacer más llevaderas las públicas desventuras y las calamidades comunes, y alzando más la voz, terminó diciendo: —No os impongo un deber: os exhorto para que hagáis un sacrificio, libres todos de contestar sí, ó no, según os dicte la conciencia. Antes de decidirse, mida cada cual sus propias fuerzas, y piense que el cargo de enfermero, siquiera nobilísimo, trae consigo no pocos peligros, y que para desempeñarlo se requieren mucho valor, mucha abnegación, solicitud grandísima. Los que se sientan con fuerzas para ello y quieran desempeñarlo, que hincen una rodilla:

En un mismo instante toda la línea de batalla se arrodilló, como obedeciendo á una voz de mando, y por encima de las cabezas inclinadas aparecieron firmes y distintos los cuatrocientos fusiles.



La vida militar.

— Los que se sientan con fuerzas para ello, que hincen una rodilla